

Lema: “desde la cuna a Madrid, y...”

Gabriel se desperezó, y con los ojos entrecerrados miró de segundas, cada vez le costaba más enfocar, la hora en la pantalla del móvil. La escasa luz era muy débil para ser las nueve de un día de primeros de Septiembre, pero acompañando al aguacero que aporreaba los cristales, una densa niebla había caído sobre Lavapiés y no permitía ver los chapiteles de la Escuela de Danza de la Plaza de Vara del Rey, a escasos sesenta metros. Bautizada actualmente como Dana, era una gota fría de toda la vida.

Extrañado buscó a Lola a su lado derecho o a sus pies. Lola era una coqueta setter inglés de cinco años, con suaves y largas lanas blancas, pardas y negras. Eso era ahora, cuando la trajeron del refugio hace poco más de un año, donde no había una rasta, aparecía una calva, todo ello agrupado en un cuerpo tembloroso y una mirada huidiza y asustada. Desde que entró en casa, tanto Gabriel como María y las niñas se afanaron en adiestrarla. Los brazos y los índices extendidos señalaban el recipiente del pienso, el bol del agua y la colchoneta que desde entonces sería su lecho, acompañando toda explicación de reprimendas e indicaciones de lugares vetados. Cuando el aprendizaje concluyó, Lola era la dueña del sofá, sesteaba con Ana en su cama, hacía la noche en la de Isabel, y cuando las tres mujeres salían temprano a sus quehaceres, prolongaba el sueño acurrucada a Gabriel. Eso era lo normal, hoy habría elegido dormir en cualquier otra cama.

Perezoso y dolorido tras pasar por el suplicio de activar hombros, caderas y rodillas, hoy un día más viejos, pasó a sus rutinas matutinas: la alarmista tertulia radiofónica, una ducha activadora y un café poco cargado con las cuales se sintió preparado para afrontar la jornada laboral.

Sin mucho convencimiento eligió un anorak pasado de moda, demasiado denso y cálido para las fechas, pero que estimó necesario para la cortina de agua que le recibió cuando salió a la calle en la que nadie se atrevía a poner un pie con el obstinado chaparrón. Vivía en Ribera de Curtidores, a dos pasos de la plaza de Cascorro, que era un lugar, no el tipo de la lata al que fotografiaban los turistas los domingos de Rastro, ese era Eloy Gonzalo, y hacia su estatua se encaminó. Gabriel se consideraba afortunado de la decisión que tomaron hace veinte años María y él de establecerse en aquel barrio. No tenía coche, el estudio le quedaba cerca, y cuando tenía que acudir a cualquier promoción lo hacía en su vespa. Esta mañana no había visita de obra. Desde que una

pandemia sucedió a una crisis económica y ésta a su vez a una hipotecaria, los encargos habían mermado y ya hacía algún tiempo que a los ahorros menguantes del último boom se tenía que sumar el ajustado, aunque seguro, salario de María, sosteniendo entre ambos una economía doméstica sin grandes privaciones pero con ningún exceso.

El Estudio de González y Canet se alojaba en una primera planta con tres balcones a la Plaza de Puerta Cerrada. Gabriel llevaba colaborando muchos años con José Manuel González y Manuel Canet, casi desde que se casó. Eran dos tipos afables a los que había visto tensos muchas veces, enfadados alguna, pero irrespetuosos jamás. Llamándose igual, se habían sorteado los nombres, quedándose uno con Manuel, el otro con Jose, y bautizando al Estudio con sus apellidos, lo de “los Manolos” valdría para una tasca, pero no para un estudio de arquitectura, aunque coloquialmente era el nombre por el que les conocían los promotores con los que trataban... con los que trataban antes, ahora los encargos escaseaban y entre su clientela abundaban particulares con pretenciosas intenciones pero con limitado presupuesto.

En su paso por una desierta plazuela pasó junto a la Cruz de Granito, llorando, al igual que los trampantojos y el mural de Alberto Corazón en una de las fachadas que daban a la plaza de Puerta Cerrada, bajo la inclemente lluvia que ahora arreciaba y recordó, como siempre hacía, que el nombre le venía de la puerta que allí se ubicaba sobre la muralla cristiana de la ciudad, aunque dudó, también como siempre, si entraba o salía de la misma. Igual daba, ya que hacía tres siglos que no existía rastro de la muralla ni de su puerta.

Subió cansinamente las escaleras que conducían al Estudio, acomodando su paso al sosegado ritmo de trabajo que seguro le esperaba, sorprendiéndose de una vertiginosa y añorada actividad nada más traspasar el umbral. Jose, siempre reservado, no podía ocultar una sonrisa. Manuel, más expansivo, salió directamente a recibir a Gabriel con un abrazo. Los buenos tiempos habían vuelto en forma de encargo. Un promotor acababa de cerrar con el estudio el proyecto y dirección de un edificio de ciento sesenta viviendas en la Calle del Bronce, curiosamente muy cerca de donde habían levantado su primera promoción hace quince años, tan próxima que Gabriel llegó a pensar que era en el mismo número. Entre las carcajadas, el optimismo desbordante y los abrazos que se repitieron a lo largo de la mañana, analizaron los plazos, esbozaron un programa

y pusieron en marcha un trabajo que, a bote pronto, les mantendría ocupados y financiados dos años y medio.

Exultante por ello, a la hora del almuerzo, en lugar de regresar a casa, decidió acercarse paseando a la Plaza Mayor y darse un pequeño homenaje en forma de bocadillo de calamares. Bajó las escaleras de dos en dos, como si tuviera veinte años menos, y zambulléndose en la lluvia que levemente amainaba, enfiló hacia una despoblada Calle de Toledo. Entró en la Plaza Mayor atravesando el Arco, por algunos llamado Portal, de Cofreros, hallando que la misma, se encontraba tan asolada como el resto de la ruta que le había traído hasta allí. Al otro lado de la Plaza, frente a la Casa de la Panadería, vislumbró una figura que armada con un paraguas rojo se encaminaba en su dirección. Aun a esa distancia, y pese a la, inexplicablemente ahora indetectable, miopía que había desarrollado con la edad, distinguió perfectamente la silueta de María de manera que echó a andar a su encuentro. Se acercaba a él con el pelo oscuro recogido con una diadema de tela añil que permitía apreciar su cara, casi adolescente, en la que todo irradiaba alegría. Sus ojos castaños entrecerrados y su boca fina dibujaba una sonrisa abierta. Cuando coincidieron en el centro de la plaza, ninguno de los dos dijo una palabra, entrelazaron sus manos y permanecieron mirándose mucho más allá de sus ojos. Gabriel advirtió que en los párpados o las comisuras de María no había rastro de las sutiles líneas que con el tiempo habían comenzado a surgir, y sus manos entrelazadas eran las de dos jóvenes. Sentía que su espíritu, igual que su cuerpo, estaba renovado y las rutinas que el tiempo había instituido y las preocupaciones cotidianas eran leves como un globo de helio. Frente a ella sólo sentía nítidamente el amor que percibió en su manera más perfecta desde el mismo instante en que la conoció.

-Te voy a querer siempre – fue lo único que acertó a decir. – Lo sé -contestó María.- y notando el olor dulce de su pelo, desvió la mirada hacia el cielo, del que ya no caía una gota. Cuando bajó la vista únicamente encontró una plaza en la que sólo se hallaba él.

Desconcertado comenzó a andar sin rumbo, atravesó la Calle Mayor y en la esquina con Milaneses recordó que allí se ubicaba la Puerta de Guadalajara, sintiendo de nuevo no tener la certeza de haber entrado o salido de la antigua ciudad cercada. Cruzando la Plaza de Santiago, se asomó a los jardines de Lepanto, en la Plaza de Oriente, donde unos niños jugaban un partido de fútbol sobre la tierra húmeda. Cuando estuvo próximo

a ellos, creyó reconocer a Luís, Alfredo y Juanito, compañeros suyos desde párvulos. Sin dudar lo pidió unirse a uno de los equipos, y un instante después corría detrás de un balón Mikasa desgastado, sin control ni posición táctica alguna. Óscar seguía regateando en corto, los pases de Pablo eran medidos y Agus, que siempre les había sacado una cabeza, tiraba a trallón inmisericorde del pobre que le tocara ocupar la portería. Agotado, eufórico y con sus rodillas de niño de once años magulladas, Gabriel hizo una última carrera tras la que se quedó tumbado en el parterre próximo, sabiendo que no podría ser más feliz que compartiendo ese momento con los mejores amigos del mundo.

Cerró los ojos, percibiendo el vapor de la niebla que ya casi había levantado. Cuando alzó la vista se encontró frente a la Puerta de Hierro, sin saber cómo podría haber llegado a aquella isla de hierba en medio de una lazada de autopistas. No había, sin embargo, ni rastro de la puerta de cerrajería de la que saca su nombre, de manera que el arco de piedra se encontraba abierto. En ese momento se encontró de nuevo desorientado, ante la posibilidad de que una puerta te permita entrar y salir, sin conocer si estás entrando o saliendo cuando la atraviesas y la única certeza de que cuando sales de un sitio, entras siempre a otro. El principio tras un final.

A través del Arco, aclaró la niebla, y un rayo de luz iluminó el envés de las hojas de parra del patio de sus abuelos, y distinguió las paredes encaladas de las que colgaban las macetas atiborradas de geranios y tirado en el suelo, lleno el barreño de zinc que le esperaba para el baño. Y atravesando el arco cogió la mano de su abuela que le ofrecía una rebanada de pan con mantequilla y azúcar.

Epílogo

Lola había olvidado los tiempos en los que perseguía, sin sentido pero con mucho instinto, que para eso era cazadora, a palomas y becadas, y los había cambiado sin ninguna dificultad por un presente en el que se turnaba de cama en cama, buscando la compañía y presencia de cualquiera de aquellos humanos que ahora la trataban tan bien. Como todas las mañanas, aquella completaba su recorrido en el dormitorio del matrimonio, pero cuando se hizo un ovillo junto a Gabriel, se sintió muy incómoda, ya que no encontró su calor, por mucho que se acurrucó junto a él.